

## APOLOGO.

A mi estimable amigo Victoriano Agüeros.

Cuentan que de la poesía  
Corriendo en pos, el talento  
Dejó atrás leguas sin cuento  
Caminando noche y día.

De la musa fugitiva  
Tras la rica vestidura  
Yendo ciego, sin cordura  
Buscó una creatura altiva,  
De régia extirpe, ataviada  
Con galas de cortesano,  
Llevando un cetro en la mano  
Y en un palacio alojada.

Así fué que visitó  
De su ardiente ahinco en alas,  
Mil resplandecientes salas  
Y triunfante penetró,  
De su fama precedido,  
En los régios aposentos,  
En los fastuosos conventos  
Y en cuanto hay de más lucido;  
Mas no habiéndola encontrado,  
Ya desmayando en la empresa  
De buscar á la traviesa  
Musa, fuese contrariado,  
Por los campos avanzando,  
Hasta el pié de una montaña  
Que un arroyo manso baña  
Entre guijas serpenteando.

No muy léjos descubrió  
Una choza endeble y triste  
Que á pena el rigor resiste  
Del invierno que empezó;

La nieve recién cuajada  
Cubre la frágil techumbre  
Y se derrite á la lumbre  
Del sol de la madrugada;  
De la hora crepuscular  
A la carminada luz,  
En esqueleto, un sauz

Que dió sombra al pobre hogar,  
Como estaláctita brilla  
Y la luz descomponiendo  
Va de colores tiñendo  
El arroyo..... Allá en la orilla,  
Atrevida, la violeta  
Sin temor á los rigores

Del cierzo, esconde sus flores  
Cave sus hojas..... Inquieta,  
Entre harapos tiritando,

Buscando en el Sol consuelo,  
Yace tendida en el suelo,  
De alguien la vuelta esperando

A la puerta de la casa,  
Una niña encantadora  
Que á intervalos canta y llora,  
Segun que por turno pasa

Por su memoria, ligera  
Y en forma de vida llena,  
Ya la sombra de una pena,  
Ya una imagen lisongera.

De pronto, á paso violento,  
Por el estrecho sendero  
Se adelanta un pordiosero  
Encorbado y macilento.

En su tranquilo semblante  
Adivina el menos listo  
Que el morral vuelve provisto  
Y el dueño de buen talante.

A su encuentro la chiquilla  
Corre, llena de alborozo  
Y una lágrima de gozo  
Resbala por la megilla

Del anciano, que temblando,  
Con ademán presuroso,  
Del morral saca un sabroso  
Panecillo, fresco y blando.

Dalo á la chiquilla ansiosa  
Que en dos por tres lo devora,  
Mientras él satisfecho, llora  
En aptitud fervorosa,

Gracias dando á Dios clemente  
Que con mano larga y pia  
Le concedió el pan del día  
Para su niña inocente.

Con refrigerio tan sano,  
La niña, cobrando aliento,  
Para pagarle el sustento  
Salta al cuello del anciano.

Y entre tempestuosos besos  
Y caricias extremadas,  
Véense con vigor sombreadas  
Por rizos negros y espesos

Las blancas hebras de plata  
Que sobre el casco luciente  
Del viejo, indolentemente  
El viento al pasar desata.

Y en esa lengua especeial  
De los viejos y los niños,  
Elocuente sin alifios,  
Animada y natural,

Este diálogo inocente,  
Creyéndose sin testigos,  
Trabaron los dos mendigos  
En tono tierno y vehemente:

— "¿Me quieres mucho, hija mia?"

— "¿Cómo no te he de querer,

" Si por mí vas á correr

" Mendigando todo el día,

" Siendo tan viejo?..... ¿Por qué

" Nunca me quieres llevar?

— " Y ¿para qué?— Sé cantar

" Y algo así te ayudaré.

— " Te cansarás.— No creas eso.....

— " Te despreciarán.— ¡No importa!"

Aquí el diálogo se corta,  
Corre llanto..... suena un beso.

Y aquel grupo coronando,  
Entre intensa claridad,  
Aparece la deidad  
Que el talento anda buscando.

Y al perseguidor sonriendo,  
La fugitiva hechicera,  
Entre burlona y severa  
Dice así: "Tu asombro entiendo,"

" Buscastes en mí las galas

" Con que á veces me atavío,

" Sin pensar que el lujo impío

" Viene á aprisionar mis alas.

" No conozco yo en el suelo

" Ni clases ni gerarquías;

" Donde hay penas y alegrías,

" Allí libre tiendo el vuelo;

" Yo nunca finjo ni miento

" Y vivo, entre cielo y tierra,

" Con tu aristocracia en guerra,

" La vida del sentimiento."

Diciembre 1º de 1886.

JUAN N. CORDERO.

(Escrito para este Almanaque).

## LA MURMURACION.

A mi amigo Victoriano Agüeros.

Esto de murmurar, es ya moneda tan usual y corriente, que no hay conversacion, trabajo ni recreo, en que no se traiga á la plancha de diseccion alguna víctima propiciatoria.

La murmuracion ha evolucionado como dirian Comte ó Littré. De feo y aborrecible pecado como era, pasó á ser un pasatiempo vergonzante, y acabó por ser una necesidad ingente en nuestros tiempos.

No hay prólogo en que no se proponen algunos golpes de zurriago á los que precedieron al autor en el estudio que se propone y de quienes copia sin embargo los mejores pasajes de su obra. Antiguamente comenzaba un escritor encomendándose á la indulgencia de los lectores. Hoy, comienzan las más de ellos por apabullar al inerte lector batiendo el peso de los más valientes aforis-

mos; cada escritor constituye una escuela que caritativamente vapula á las otras. "¡Pasó á la luz!"—dicen unos,— "No más consejas,"—dicen otros.— "Se ha equivocado hasta hoy el camino"—dicen los de aquí.— "Todos están tocando el violon,"—dicen los de allá. Cada uno pretende que á él solo por especial privilegio ha revelado la ciencia sus arcanos y hace llover adjetivos y dicterios sobre sus contradictores, convirtiéndose de didáctico en polemista, y de científico en murmurador.

Si se trata de ciencias (y son los menos decidores) ¿quién no se rió á mandíbula batiente de los estúpidos que creían en la teoría del fuego central; de los torpes autores de los primitivos calendarios, de la teoría geométrica de la fluxion; de la contabilidad por granos; y de otras muchas antiguallas por el